

del tío *Afanes*. Comió bien, aprendió mucho y vió cosas jamás soñadas por los huertanos lucentinos; y como ya brotaban en el espíritu de nuestro mozo las sanas tendencias del ahorro, trájose para casa algunos cuartejos conque proveer á nuevas cargas domésticas con que ya empezaba á soñar.

Pero nada hay más relativo que la riqueza; y la despierta actividad de *Afanes* no era de las que se duermen sobre los laureles precoces, de escasa vida casi siempre, y muy en particular cuando nacen en el huerto de los pobres, que no tienen más defensa contra el hambre que el trabajo asiduo. Entró *Afanes* en el gremio de San Marcos con gran facilidad, no obstante la fama de genio agrio y duro que empezaba á formarse alrededor de su nombre; y á poco, volvió á expatriarse, aunque de muy diferente modo que la primera vez. Comenzó por alistarse en las cuadrillas de jornaleros que anualmente salían para la Mancha superior, la Alcarria y Castilla la Vieja, con objeto de trabajar en la siega y en otras labores del campo, en calidad de simple peón; y no tardó en señalarse como uno de los más celosos y asiduos en la faena propia, así como de los más intranquientes para las flaquezas de la ajena. La fuerte solidaridad y la indispensable condición de honradez en las relaciones del trabajo, que distinguen á esas compañías de braceros, le llevaban á ser tan caritativo con los que sin culpa se inutilizaban, como rígido con los que maliciosamente eludían la carga. Más subordinado respecto de los caporales, no lo hubo nunca, ni más celoso tampoco del mantenimiento de la disciplina social. Su voto en las deliberaciones iba siempre á favor de las opiniones ordenancistas. Su divisa era que quien quiere comer ha de trabajar, y odiaba con todas sus fuerzas á los holgazanes. Sufrido, callado, dispuesto siempre á la faena, estaba seguro de hallar todos los años contra ventajosa con que le solicitaban los mayores. Ja-

más se le vió armar pendencia ni excederse en la bebida que no probaba más que á las horas de comer. Al igual de muchos genios vivos y arrebatados, no era camorrista, aunque contestaba duramente cuando se le provocaba. Su deseo más vivo era que le dejaran trabajar, que no le perturbaran en sus ocupaciones. Indiferente al sol ardoroso de las tierras castellanas, veíasele avanzar con paso seguro, invariable, por los campos de mieses, moviendo la reluciente hoz que iba segando manojos y manojos de espigas. Bajo el ancho sombrero de palma que brillaba con dorado tan vivo como el de las espigas, desaparecía casi el reducido cuerpo del segador, encorvado, humeante, regado por el sudor que caía en chorros sobre los surcos; y el tostado rostro, los brazos denegridos, resaltaban aún más su nota oscura entre el blanco de la camisa y el amarillo de los trigos y cebadas. Cuando terminaba el trabajo y llegaba la hora de la comida, *Afanes* distinguíase también por sus conocimientos culinarios, recogidos en la época jerezana; y entre bocado y bocado, si le acompañaba el humor, entretenía á los compañeros con cuentos que sabía referir con especial gracia. Merced á todas estas buenas cualidades, olvidábanse ó se le perdonaban á *Afanes* ciertos defectillos que de día en día se le iban acentuando, relacionados todos ellos con la escasa espontaneidad que revelaba en convidar á los amigos ó en excederse con gastos superfluos de taberna y otras diversiones.

Durante varios años, siguió haciendo igual vida, emigrando periódicamente de la tierra, consumiéndose en aquel duro trabajo de labriego pobre, cada vez más ajeno á todas las demás cosas del mundo y más seco, acecinado y sobrio. No dejó las llanuras manchegas y castellanas sinó para trasladarse á los abrasadísimos campos de la Argelia, buscando mayor provecho. La demanda de segadores era entonces grande; y de Ali-

cante, Murcia y Almería pasaban el mar continuamente numerosos grupos de braceros, que iban dejando en la costa africana amplio sedimento de población colonizadora española. *Afanes* nunca pensó en quedarse por allá: era de los que volvían, terminadas las labores, después de haberle sacado jugo á la tierra argelina, soñando siempre con trocar aquellos esfuerzos por un trozo de huerta levantina en que mandar y de que disponer á sus anchas. Con este halagador propósito, *Afanes* multiplicaba su actividad, exageraba el trabajo y las privaciones, no retrocedía ante las más duras y horripilantes tareas. Recorrió toda la región oranesa, llegó á los límites del desierto, abrasó sus pies en la arena estéril y su cabeza en el sol implacable, que parecía irle chupando los músculos, acartonándose los cada vez más, y renegriéndole la piel, arrugada y vellosa. Cuando volvía de allá con su sombrero de palma, sin afeitarse el rostro, despechuga lo, arrastrando alpargatas de tomiza, en la mano la nudosa cayada y atravesada en la faja la hoz medio consumida de tanto uso, parecía un escapado de las cábilas marroquíes, pronto á caer de rodillas en el polvo blanco de la carretera, para rezar sus oraciones musulmanas vuelto hacia Oriente.

Y sucedió que con tanta privación sufrida y tan dura experiencia de lo que cuesta ganar los ochavos para conseguir la apetecida propiedad, fueron creciendo en él los primitivos instintos de ahorro y exagerando la sobriedad y miseria de la vida; al paso que el antiguo principio económico de la necesaria correspondencia entre el trabajo y el derecho á la alimentación, tomaba en él caracteres de dogma inflexible, cuyas consecuencias domésticas llegaron á ser insoportables.

Bien se vió así en cuanto *Afanes* convirtió su vida al tipo sedentario. Compró una casucha de mala muerte, próxima á la montaña, y tres tabullas de tierra con

algunos almendros y algarrobos, todo ello muy descuidado y falto de cultivo. Pero *Afanes*, que era la diligencia y la habilidad suma, en poco tiempo mejoró casa y campo. Cavó profundamente la tierra, la abonó lo más que pudo, limpió de leña los árboles, injertó varios que eran de mediana calidad y preparó su sementera de cebada, que prometía ser excelente. Como la tierra no era mucha y el tiempo daba para todo, *Afanes*, buscó jornal en la Huerta; y su celo y destreza conocidos le procuraron en todas partes labor. Aunque no la hubiese en el campo, no holgaba nuestro héroe. Dedicábase entonces á fabricar cordelillo y sogas de esparto, que ora vendía, ora trocaba por pan y otras especies en el mesón ó en la tienda de ultramarinos. Pero lo curioso era la atribución que él hacía de estas ganancias. Individualizándolas con un egoísmo feroz, si eran de dinero, las guardaba en su arca; si eran de materias alimenticias, las utilizaba para sí propio. Según sus principios económicos, la mujer tenía obligación de ganarse la comida, no mediante la ayuda que suponen las faenas domésticas, sino por trabajo que se resolviera en producto cambiable. Y eran de ver los apuros de la pobre aldeana que, levantándose al amanecer para picar el esparto, no tenía punto de reposo si quería comer todos los días pan blando (de cebada casi siempre) y salazón vieja. Verdad es que *Afanes* daba ejemplo de sobriedad. Desayunábase, aunque no todos los días, ni mucho menos, con una taza de café ó de algo que llevaba ese nombre. A las doce tomaba una cebolla y un tomate, ó un pedazo de bonito, con media libra de pan y unos tragos del vino de la tierra. Por la noche hacía un simulacro de comida formal, con algo de arroz ó unas sopas de ajo. La carne jamás entraba en aquella casa; los huevos que daba el corral se vendían á los pudientes, y el pescado solo se probaba cuando iba á precio infimo, ó cuando era producto de la in-

dustria de *Afanes*, que también de vez en cuando se entretenía en echar la caña ó el sedal en la costa mediterránea, en busca del sabroso salmonete, de la dorada ó la lisa.

Conviene decir que jamás hizo *Afanes* declaración expresa de sus principios económicos; pero usaba de un ingenioso procedimiento que infaliblemente daba el mismo resultado. Siempre que entregaba á su mujer dinero para compras, hacíalo en cantidad tan tasada que sólo podía servir para las necesidades de una persona. Y subrayando la acción decía:

—Cómprame tal ó cual cosa.

Nunca dijo:

—Compra.

Y aunque también es cierto que no hizo á su mujer intimación alguna para que se las buscara por su cuenta, la consecuencia de aquellos hechos y palabras era tan lógica é irremediable, que no hacía falta explicarla.

En este divorcio económico vivieron algunos años, sin tener hijos, por fortuna. Al cabo, la mujer, consumida por el excesivo trabajo y las muchas privaciones, se murió.

Afligióse el viudo, como era natural y exigido por las conveniencias sociales; pero al día siguiente se presentó en casa del cura con ánimo de preparar nuevo enlace.

Quedóse el padre de almas asombrado de tamaña frescura.

Aunque el cura ya era viejo y estaba habituado al cálculo y la frialdad con que los huertanos tratan casi siempre los asuntos que en el mundo burgués se llaman «amorosos,» parecióle aquello el colmo de la desaprensión.

—¡Pero hombre, tienes alma para pensar en casarte al día siguiente de morir tu mujer!

—Hágase cargo, señor cura, contestó *Afanes*, que un hombre solo no puede gobernarse bien... Yo no

tengo familia... ¿Quién cocinará en mi casa y me comprará la ropa?

—Ya me hago cargo; pero no veo que corra tanta prisa. Tú tienes primos, con quienes podrías arreglarte por de pronto.

—No me gusta molestar, señor cura. Cada cual tiene sus costumbres, yo no puedo gastar mucho, y á saber, en casa ajena, lo que tiene uno que sacar para que no digan...

Comprendió el cura que *Afanes* venía bien decidido y que no era posible convencerle.

—Entonces, ¿qué? ¿Vienes á pedirme consejo, á que te busque novia?, preguntó echando á broma el caso.

—No, señor, dijo *Afanes*. La tengo buscada ya.

Y así era en efecto.

La nueva mujer tuvo pronto hijos, y pareció que *Afanes* se dulcificaba un poco en sus rigores administrativos. Pero la enmienda fué de breve duración. La natural sordidez del labrador se impuso á todo otro sentimiento, y las cosas volvieron á su antiguo régimen. Los retoños se criaron á la buena de Dios, y *Afanes* no dió otra señal de los ahorros que su gran economía debía producir, que la compra de dos tahullas más, contiguas á la casa. Hizo de ellas huerta de patatas, habas, tomates, judías, calabazas y melones, según la estación; y celoso de su cosecha, después de pasarse el día trabajando, velaba por las noches, con la escopeta al brazo, ó se tendía sobre un margen, al lado de las plantas, atento al menor ruido.

Cualquiera otro se hubiera muerto á los pocos meses; pero el tío *Afanes* era duro como una roca. Ni mojaduras, ni relentes, ni vigiliadas, ni sordideces en la alimentación podían con él. No así con los que le rodeaban. Quedóse viudo de nuevo y con dos hijos, ambos varones, el mayor de los cuales ya le ayudaba en el trabajo, no obstante ser todavía un niño. Por tercera vez casóse

Afanes; y aunque se le presentaron unos dolores de reuma que le hacían sufrir mucho algunas temporadas, y los años le encorvaron el cuerpo, cada día más enjuto y quemado, no se dió por vencido; y sus tierras siguieron siendo envidia de todo el vecindario por la pulcritud del cultivo y el rendimiento de los frutos. De sistema alimenticio no cambió, por más que la vejez pidiera mejores cuidados. Parecía más bien que se le aumentaba la sobriedad de día en día.

Cierta noche lo hallaron muerto junto al melonar. Lo levantó en alto uno de los vecinos. Pesaba menos que un pájaro. En el arca, encontráronle un saquito con onzas y duros.



EL TÍO PRIM

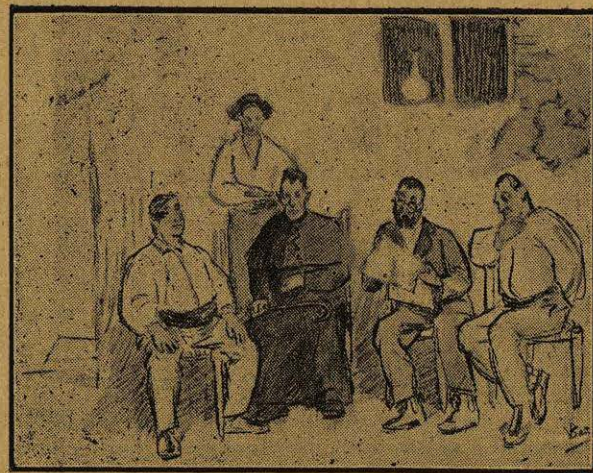
No hay duda que ninguno de mis lectores ignora quien fué el general Prim, pero no llegarán á media docena los que hayan oído hablar de otro Prim, menos célebre en los anales de la milicia y de la política, pero celeberrimo en los de la tartaneria de la Huerta lucentina. Esta falta de correspondencia entre la nombradía de que gozó en sus tiempos mi héroe y su fama en el público letrado, no nace sinó de que la mayoría de los paisanos del segundo Prim no sabe leer, ó si sabe, no utiliza tan prevechosa arma de ilustración más que para averiguar lo que dicen los periódicos, y, á lo sumo, tal cual novela de las de Ortega y Frias ó Pérez Escrich, que desde la ciudad (donde por mucho tiempo dominaron en absoluto) han trasladado su dominio al mundo rural.

Pero vengamos al tío Prim. Respondía á este apodo un huertano carirredondo, bajito de cuerpo, lleno de carnes, colorado y de lo más cachazudo y tranquilo que puede imaginarse. En esto hacía honor á su oficio, confirmando aquel refrán según el que á los arrieros-carreteros y demás gente de su calaña, siempre les falta

algo para poder seguir el camino, ó sea, siempre les sobran motivos con que cubrir su pereza y el gasto horroroso de tiempo que por la más leve comisión hacen. No será ocioso decir que esta cualidad no la había adquirido el tío Prim por lenta influencia de los trabajos carreteriles, á los cuales hubo de dedicarse cuando ya era mozo granado, sinó que nació con ella, ó la mamó en los pechos de su madre, constituyendo la característica más clara de su psicología individual. Merced á ella, el buen Prim no había logrado fijarse en ninguno de los quehaceres que á sus anfibios paisanos dan de comer; y les llamo anfibios, porque son gentes que á la vez viven del mar y de la tierra, dividiendo el año entre los afanes de la azarosa pesca y los apuros de la agricultura en bancales que por milagro de Dios ven el agua que ha de calmar su abrasadora sed. Prim le tenía cierto respeto al agua. Desde niño, es fama que la evitó cuanto pudo, así en la bebida como en los usos de limpieza é higiene. Era en él gran heroicidad mojarse los pies, de año en año, en la arena de la playa, mientras veía á todos los del pueblo desquitarse de los ardores de Julio en las olas suaves del Mediterráneo. No es maravilla, pues, que no le agradase el oficio de pescador, que requiere, además, gran facilidad y energía de movimientos, incompatibles con la regalona linfa de mi héroe. Se ensayó, no obstante, en tan durísimo trabajo con dos ó tres campañas de invierno y otros tantos viajes á la costa marroquí de Poniente en las primaveras, para pescar el bonito; pero no pasó de ahí, y rara vez hablaba de estas expediciones, como si le diese el mareo con sólo recordar los furiosos levantes del golfo, las marejadas del estrecho de Gibraltar ó las calmas chichas que á veces prolongaban enormemente el viaje. Lo que solía referir era su asombro ante las tierras extrañas que viera; la novedad de los tipos y trajes ingleses gibraltareños; las rarezas de los moros de Tánger y La-

rache: los apuros en que á lo mejor les ponían los cára-bos de los piratas rifeños, ó los sustos que les propinaban los cañoneros «del Gobierno» y las escampavias á caza de contrabandos tabaqueros.

Tampoco le dió el naípe por la agricultura. Es esta señora muy tirana, que pide trabajos sin cuento, vigilancia constante y rapidez suma para aprovechar los tiempos precisos de las diversas operaciones, sobre todo en países de poca agua, en que no pueden desaprovecharse los trances favorables que por ventura se presenten. Prim gustaba más de tomar larguísimas siestas, jugar interminables partidas de tute á la puerta de su casa, en los lindes de la polvorienta carretera, y comentar las noticias de los periódicos que todas las tardes venían de la capital, y eran leídos en gran corro por el cura ó por el maestro. Sin temor de exagerar, puede



decirse que esto de los comentarios políticos era la primera y más señalada especialidad del tío Prim; y como precisamente el tiempo en que más hubo de ejercerla

fué en los años de la Revolución, y él, como tantos otros españoles, era ardiente partidario del fogoso vencedor de los Castillejos, en quien ponía la esperanza de la total regeneración del país, de ahí vino que sus paisanos le bautizaran ó confirmaran segunda vez, echándole encima, como por apodo, el apellido del General demócrata. Y con él se quedó para toda la vida, con olvido casi absoluto de los apellidos paterno y materno.

¡Eran cosa de ver y de oír aquellas reuniones y aquellos comentarios cuando el corro se animaba! En tiempo de invierno guarecíanse los tertulios bajo techado, pero sin cerrar la puerta, para que entrasen la luz y el polvo del camino real; en verano, salíanse á la parte de afuera, ó bien acogíanse á la sombra del emparrado que cubría gran parte del corral trásero. A la mayoría de los circunstantes interesaban sobre todo las noticias de la guerra; pero el tío Prim, con genial intuición, se iba, como si dijéramos, á la causa primera, y discutía los problemas políticos, no como teórico—aunque también picaba en esto de vez en cuando—sinó más bien como *reporter* y periodista á la moderna, que penetra hasta lo más profundo de las intenciones y profetiza todas las consecuencias lógicas de los hechos presentes. Nunca pudo averiguarse de dónde le venía al tío Prim aquel montón de noticias con que enriquecía y completaba las de los periódicos, mejorándolas en tercio y quinto; pero el historiador, pasando por alto y rechazando el juicio del maestro y el cura, que reputaban tales informaciones por imaginarias y no merecedoras de crédito, asegura que procedían, bien de los interrogatorios con que á todas horas agobiaba el tío Prim á todo carretero, arriero ó pareja de Guardia civil que acertaba á pasar por el camino, ya de la abundante y legítima fuente lógica de la inducción y la deducción, que el desocupado huertano hacía desbordar sin descanso, aunque sin darse cuenta de ello.

Las reuniones sufrieron gran golpe con lo que pudiéramos llamar la movilización del tío Prim. Vacó de pronto la plaza de ordinario del pueblo, que diariamente iba á la capital, y el tío Prim, arrastrado por antiguas aficiones y por necesidades del erario familiar, se erigió en sustituto, comprando á plazos una tartana vieja y un mulo, con lo cual aventajaba no poco al modesto carro que antes cumplía este servicio. ¡Y allí fué el desarrollarse las grandes é ingénitas aptitudes de mi héroe, convertido á poco en el prototipo, y casi estoy por decir que arquetipo, de los ordinarios, asombro de todos los hermanos de la gran cofradía carreteril!

Aunque las tierras aquellas son calientes, aun en muchos días del invierno, no había cuidado de que el tío Prim arrancase del pueblo en hora temprana para evitar los ardores del sol. Todo menos eso. El no gustaba de molestar con madrugones á los viajeros, ni, por de contado, de molestarse él. Verdad es que enganchaba á eso de las siete y media, pero nunca, nunca, se dió el caso de que saliese antes de haber transcurrido una hora. Algunos clientes de sangre demasiado viva solían impacientarse y patear dentro de la tartana, y daban grandes voces llamando al tartanero. Pero él sabía apaciguar tales impaciencias, las más de las veces dejando que ellas mismas se marchitaran por exceso de desahogo, y otras con ayuda de razones muy convincentes.

Salía de la casa en mangas de camisa, la cabeza cubierta por un pañuelo de colores atado en la nuca con los picos colgantes, á estilo andaluz, y el látigo en la mano. Encarábase con el impaciente, sonriendo con aquel aire de cachazuda bondad que se ganaba por adelantado la indulgencia, y con toda la pausa requerida para contrarrestar y dar ejemplo á la demasiada viveza del interpelante, decía:

—¡Ahora mismo nos vamos, hombre!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1826 MONTERREY, MEXICO

34305

—Hace media hora dijo usted otro tanto—solía replicar el otro.

—Verdad es; pero no siempre se puede hacer lo que se quiere. Estaba esperando á la tía Mangana.

—¡Aviados estamos! Esa nunca tiene prisa...

—No tarda ni un minuto. Vamos, baja y echaremos una copita.

A esta última razón era seguro que se rendía el viajero; y por haber querido adelantar la salida la retrasaba en mucho más, porque la copa requería siempre un rato de charla.

Si el reclamante era mujer, el tío Prim la aplacaba con recomendaciones de mansedumbre ó con piropos picantes, al uso huertano.

Al fin echaba á andar la tartana, repleta de gente, que no podía moverse, ni casi sentar bien las posaderas. El tío Prim se acomodaba en la vara, echándose el sombrero á los ojos para evitar el reflejo del sol; y unas veces charlando con los de adentro, otras callado y chupando un pitillo, arreaba al mulo con suaves latigazos. Pero el mulo era de la misma pasta que su dueño. Tranquilo, metódico y parsimonioso, había adoptado un cierto paso medio, al cual tendía naturalmente cuando no se le hostigaba mucho. Y como esto no solía hacerlo el tío Prim sinó cuando, por empuje del amor propio, se le antojaba «pasar delante» á cualquier otro coche, diligencia ó vehiculo de alcurnia, de ordinario la tartana rodaba mansamente por la polvorienta carretera, sin defensa contra los rayos del sol, y convirtiéndose por tanto, á la media hora escasa, en un horno móvil, dentro del cual se achicharraban y sudaban la gota gorda los viajeros. Mas, por punto general, ninguno se quejaba. Para los huertanos, el sol fuerte, la blanca caliza que deslumbra, el polvo asfixiante y el sudor copioso, son condiciones del medio ambiente, que más hacen falta, que traen molestia. Me-

cidos por el vaivén—nada cómodo á decir verdad—de la tartana, dormíanse unos, mientras otros charlaban con grandes voces. Las mujeres, renegando de los hombres que en aquellas estrechuras fumaban sin compasión, con grave peligro de quemaduras y de mareos, acudían ora á los chiquillos llorones y antojadizos, ora á la balumba de cestas en que llevaban frutas, hortalizas, huevos y demás productos rurales, y ya se descubrían la cabeza bajándose el pañuelo de seda á los hombros, ya la abrigaban anudándolo más prieto si soplaban el Levante fuerte ó el Noroeste.

Las cuatro ó cinco ventas que en el camino hay, eran sitios de parada forzosa. Bajaban casi todos los hombres, y en primer término el tío Prim, que acudía ante todo á satisfacer la sed de las mujeres sacando de la casa la panzuda y rezumante jarra de barro, llena de agua de la cisterna. Cumplido este caballeroso deber, metíase el tartanero en la venta, y allí se estaba hasta que las viajeras, á fuerza de chillar, armaban tal algarabía que ningún cristiano era capaz de resistirla. En el primer pueblecito por que pasaban, como á mitad del camino, la parada era mayor. Algunos se quedaban allí, sobre todo si era día de mercado general ó de venta de agua; subían otros; el tío Prim se proveía de alfalfa para el mulo; y ¡hala otra vez! hacía la capital.

Llegaban por fin, entre diez y once; y una vez desenganchada la caballería, metida en la cuadra y arriado el carruaje á la pared de la casa para que no molestase en la vía pública (porque dentro de la posada no cabía), empezaba la parte más provechosa y gustada del viaje para el tío Prim. Solía llevar muchísimos encargos del pueblo; y aunque por no saber escribir no los apuntaba en lista, recordábalos con tal precisión que ninguno quedaba por hacer, ni aun los complicados de las cédulas de agua que era preciso

sacar y pagar en el Sindicato. Bueno será decir que nuestro héroe no tenía empacho por nada, ni nadie le arrugaba el ombligo. Con esa democrática llaneza que es natural en nuestro pueblo, lo mismo hablaba y aun discutía con el Alcalde, que con el empleado de consumos. Metiase por todas las oficinas, donde era más conocido que la ruda, interpelaba á todo el mundo y tenía conversación para medio vecindario. Eso sí, se eternizaba allí donde tomaba asiento; pero conste que era para el mejor desempeño de la comisión y para explotar la mina de noticias que la capital le procuraba, y que no habria él desaprovechado aunque le llamasen del mismo cielo, á buen seguro.

Esta información verbal, que se enriquecía siempre con la comunicación de lo que los periódicos decían, desarrolló de tal manera las facultades reporteriles y críticas del tío Prim, que era una bendición de Dios. Claro es que él engrandecía y aumentaba el valor de los datos con los admirables productos de su fecunda imaginación, y con las apostillas, comentarios, glosas, deducciones y profecías, que siempre tenía á punto; pero el caso es que en el pueblo acabaron por tenerlo en más que á la misma prensa periódica, y que él regodeábase y esponjábbase enormemente con el éxito de aquella función docente, hija predilecta de su espíritu. No hay para qué decir que, cuando se le acababa el raudal de noticias adquiridas durante el día, el tío Prim inventaba que era un primor; pero ésta es licencia permitida á todos los narradores cuando ven que el auditorio mantiene despierta y no satisfecha su curiosidad con lo verdadero.

Con tan apetitosa y larguísima ocupación, el tío Prim no veía llegar nunca la hora de volver al pueblo. Reglamentariamente, enganchaba el mulo á las tres y media, menos en los días cortos del invierno, en que adelantaba algo esta faena; pero en seguida, confiando

en la apacible condición del animal, le dejaba solo, en el linde de la carretera, á poca distancia de la posada, bajo la mezquina sombra de las palmeras que forman allí calle, y él marchábase á despachar negocios ó á recoger las impresiones de última hora. Los viajeros iban llegando, uno á uno; y, acostumbrados ya al sistema del tío Prim, metíanse en la tartana ó formaban corro amparados por ella contra el sol. Caía éste á plomo, inundando de luz el ambiente, reflejándose en la blancura del camino, recortando las sombras que tomaban un tono azulado, y sofocándolo todo con asfixiante calor, templado tan solo en los días invernales de temporal, cuando soplabá fuerte el viento. Oíanse desde allí las sirenas de los vapores que entraban y salían del puerto; el silbido de las locomotoras y el estruendo de la larga fila de vagones cargados con las mercancías desembarcadas; el martilleo de los carpinteros de ribera, que componían los faluchos de pesca; pero ninguno de estos ruidos era tan constante y agudo como el inaguantable de un herrero que en la última casa de la calle, al filo de la carretera, no daba paz á la mano ni descansó al yunque. Era un estruendo horrisino, un golpear incesante que en los días de verano hacía pensar en los cíclopes y en las ardientes entrañas del Vesubio. Claro es que los viajeros del tío Prim no pensaban en tal cosa. Los que se arrellanaban en la tartana, dormíanse arrullados por aquel estruendo, y cuando no, cerrando los ojos, quedaban sumidos en estupor cercano al sueño, aplastados por aquella atmósfera de fuego, insensibles á las moscas, que en tropel acudían á la sombra del carruaje. Los de afuera, ó charlaban de pie, ó, lo que era más frecuente, sentábanse en los portales vecinos ó en la acera; y allí, invadidos por invencible modorra, aguardaban pacientemente, sin noción del tiempo, á que el tío Prim llegase y comenzara el viaje de vuelta.

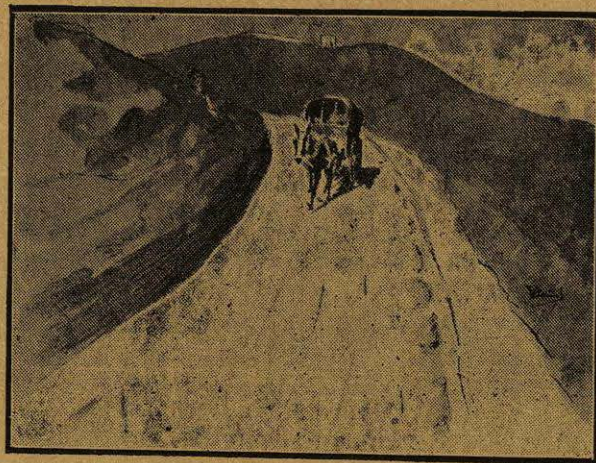
El cual se cumplía al fin, como todo en este mundo, cuando ya declinaba la tarde. Salía el mulo con cierto gallardo arranque; levantando polvo que inundaba las casas vecinas; pero al llegar al Matadero, tomaba con tal calma la pendiente que allí empieza, que parecía no habría de terminarla nunca. Desde el fielato de consumos, la carretera parecía abierta en un pozo; el calor era enorme, la modorra pesadísima, el polvo insufrible, y en la tartana todos iban callados, hasta el tío Prim, que en el asiento de la vara parecía de piedra por lo inmóvil. Aquel trozo valía por todo el camino. Pero una vez vencida la cuesta, dominada desde la altura la llanada amplísima cubierta de árboles, daba en los rostros el airecillo del mar, refrescando el ambiente, y todo recobraba nueva vida. Bajaba el mulo con pies ligeros, rompían á hablar los hombres, y en la primera venta que salía al paso, ya era sabido: parada y trago.

Luego, una vez llegados al pueblo, comenzaban las funciones reporteriles del tío Prim, que no cesaban hasta la hora de acostarse.

Y así estuvo años y años, acreciendo su linfa y su sabiduría, cada vez más calmoso, más visitador de posadas y ventorrillos. Si antigua repugnancia por el agua había ido siempre pareja con gran sobriedad, más que espartana, levantina. Poca comida caliente, si no era el café del desayuno y tal cual arroz en los días que repicaban gordo; mucha salazón, ensaladas de tomates y pimientos, cebollas, cohombros y jugosos melones en el verano: tal era su programa culinario. Pero la mala enseñanza de los viajes, la acumulada frecuencia de las copas de vino y de los vasos de cebadã helada, le fueron estragando más y más el estómago y haciéndole perder el apetito casi por completo. Aumentósele la rubicúndez de la cara; creció el vuelo de su fantasía para las invenciones, y al propio tiempo le iban menguando

las fuerzas, hasta que al fin dió en tierra aquella robusta y placentera humanidad.

Con el tío Prim acabó el reinado de las tartanas en aquellos sitios. Los sucesores, aristocratizados, compraron coches; y ya se habla ahora de una vía férrea que atravesará la llanura acortando las distancias. Mucho ganarán los huertanos en comodidad; pero aquella salsa del calor, de la pesadez, del polvo calizo, del sol deslumbrador, de las paradas interminables y del noticierismo del tío Prim, que es lo que daba el sabor de la tierra, eso se perderá para siempre, y no podremos gozar de las delicias características de esta especie de Africa española, que, sin moscas, sin sol, sin polvo, sin bochorno, sin sequedad, sin modorra, sin pereza y sin desprecio del tiempo, dejaría de ser una nota singular en la tierra española.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO